

M^a Carmen López Sáenz, *Investigaciones fenomenológicas sobre el origen del mundo social*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 1994, 339 pp.

De seguir la preferencia que Richard Feynman manifestó por los que llamaba términos o nombres analíticos, bien podíamos estimar en mucho el título de esta obra, pues gracias a su carácter analítico nos informa desde la portada misma de qué temas se va a tratar en las páginas que siguen. De modo similar, si se dice que los autores centrales sobre lo que gira la discusión son Husserl, Merleau-Ponty y Schütz, el lector podrá tener una idea muy clara del ámbito en el que se inscriben las interesantes reflexiones que M^a Carmen López ha querido dar a la imprenta con este libro. Pero además deberá agradecer el lector el cuidado y gusto de la edición, así como la presencia de un índice alfabético de autores y temas, si bien se podía haber completado éste con la inclusión de los vocablos alemanes originales empleados por Husserl. De hecho, aparecen términos griegos como *epojé* y *eidos*, y sólo uno alemán, *Lebenswelt*, porque parece preferible dejarlo sin traducir casi siempre a lo largo del libro y evitar expresiones como “mundo de la vida” o “mundo-vida”. La referencia a los términos originales (sean germánicos, latinos o griegos), que suele acompañar en el texto a sus equivalentes españoles, no se juzga necesaria, como suele ser habitual, en el caso del francés.

Si pasamos ahora a lo que algunos juzgarán sustancia del libro, nos apresuraremos a decir que éste tiene, nos parece, un triple valor y en consecuencia tiene hasta tres tipos distintos de lectores naturales, por así decir, y sin perjuicio de que un mismo lector se sienta aludido o movido desde más de una perspectiva.

Primero, hay que decir que éste que nos ocupa es un serio trabajo de filosofía académica que interesará a los profesores e investigadores de filosofía.

Segundo, el libro supone una sugerencia y un reto a quienes practican las ciencias humanas por cuanto la fenomenología puede entenderse como una denuncia contra aquel proceder de las ciencias humanas y sociales que ha eliminado el sentido de su objeto, cuando éste por su naturaleza ya incluía tal sentido en su constitución..

Correspondientemente, un segundo tipo de lector puede ser el del sociólogo, el psicólogo, el lingüista, que conoce, porque los ejerce, los métodos propios de sus disciplinas y que recibe una requisitoria por parte del filósofo.

El tercer lector de este libro sería el lector que se acerca a sus páginas no determinado por su propia especialidad académica. Hay que decir que así como Husserl, sobre todo el Husserl de *Die Krisis der europäischen Wissenschaften*, se enfrenta a problemas crucialmente políticos, tampoco M^a Carmen López rehúye las implicaciones extradisciplinarias que la toma de partido fenomenológica implica.

El libro consta de una breve Introducción y cinco capítulos. El primero, “Filosofía fenomenológica y sociología”, supone un planteamiento general del asunto en juego. El segundo se dedica a Husserl y se centra en la noción de intersubjetividad, incluyendo una discusión de las nociones de presentación, analogía y empatía. La monadología fenomenológica se plantea en sus relaciones con la constitución de una sociedad racional. El capítulo se cierra con una sección sobre “la especificidad de lo social” que subraya la relevancia de la fenomenología para la sociología.

El siguiente capítulo se dedica a Merleau-Ponty, filósofo al que la autora ha venido también dedicando su atención durante años. El capítulo cuarto se dedica a Alfred Schütz y su sociofenomenología. Por último una “Conclusión”, que para muchos lectores encerrará lo más central del libro, remata el viaje a través de la intersubjetividad por el que la autora nos ha guiado.

Volviendo hacia nuestros tres tipos de lectores y sus correspondientes lecturas, hay que decir que la estructura misma del libro reúne las tres perspectivas en un todo orgánico. Incluso el libro puede entenderse como un razonamiento continuado. Carmen López especifica que:

Esperamos mostrar la influencia que la teoría husserliana de la intersubjetividad suscitó en algunas investigaciones posteriores y, al mismo tiempo, las correcciones críticas que, desde estudios más recientes pueden aplicarse a la mencionada teoría. (p. 16)

Así, comienza por partir de la exposición de la intersubjetividad en Husserl, la cual es inseparable de la teoría de la subjetividad. Un punto al que luego volveremos es que, para la autora:

[con objeto de explicar] la constitución de la transcendencia del otro en la inmanencia del yo [...] Husserl recurre a la presentación y a la analogía e incluso a la empatía. Ninguna de estas explicaciones es novedosa y, además, todas ellas conllevan problemas de interpretación. (p. 15)

Husserl nos deja pues sin dar respuestas satisfactorias. Entonces, por un lado hay que dar una traducción en términos conceptuales a la teoría filosófica de la intersubjetividad y, por otro, es preciso completar a las ciencias humanas con una perspectiva de

la que carecen –o que han perdido (es, en el fondo, la crisis misma de las ciencias europeas, que aparentemente se agudiza más en las ciencias del espíritu). Completación que de maneras distintas se han planteado muchos, desde los terrenos de la sociología comprensiva o similares, tanto en Europa como en América, tanto desde la tradición historicista y fenomenológica como desde tradiciones analíticas. Husserl supo plantear los problemas citados, aunque su solución deje entrever su inadecuación (cuando se toma la noción de *Einfühlung*) o son difíciles de categorizar (por el carácter fundante de la *Intersubjektivität*). De Merleau-Ponty y su dialéctica existencial puede decirse que fue un intento en el camino (con líneas paralelas como la representada por Kurt Lewin) en el que aún estamos. Finalmente, la sociofenomenología de Alfred Schütz queda como otro valioso intento. Por lo tanto, es preciso completar las actuales ciencias humanas con lo que estos maestros ofrecieron, pero también buscar nuevas y más satisfactorias soluciones. Así expresado, el libro adquiere la estructura lógica de un razonamiento apagógico, pero un razonamiento apagógico abierto. La solución, la respuesta queda por escribir y se plantea como tarea para los científicos sociales y los filósofos de orientación fenomenológica:

Si las ciencias humanas se hallan fragmentadas en la actualidad, también lo estará la imagen del hombre –su objeto de investigación. La especialización incontrolada, la imitación de los métodos de las ciencias naturales, la actitud analítica y la renuncia a la globalización son algunas de las causas de la crisis de las ciencias humanas en la actualidad y quizás también de una parte de su desprestigiada situación social. (p. 311)

El reto está formulado y el camino de las soluciones queda más que sugerido. Pero, si antes hemos planteado tres lecturas posibles, instalémonos en cada una de ellas tres y permítasenos por un momento “desglobalizar” nuestra propia lectura antes de volver a una síntesis con la que concluiremos esta reseña.

1. La lectura de la filosofía académica

Por lo que a Husserl hace, la obra de Carmen López parece inscribirse en la corriente que insiste en la importancia de la idea de intersubjetividad en el desarrollo de la fenomenología. En efecto, desde un punto de vista exterior la fenomenología husserliana ha podido superficialmente juzgarse como condenada al solipsismo y éste es un lugar común. De aquí que la tematización de la intersubjetividad –una de las tematizaciones de cuestiones ante-predicativas que parecen ser la especialidad de la fenomenología– pueda verse como un movimiento con un *telos* muy claro.

Las páginas dedicadas a Husserl, sobre todo el capítulo II y el V, la “Conclusión”, constituyen el núcleo duro filosófico de la obra y están sujetas –por la peculiar situación de la obra husserliana y su proceso de edición– al *tempo* con que, desde que el

Padre van Breda comenzó a rendirlos, se han ido conociendo, ordenando, reordenando, tal vez sesgando, los ingentes inéditos del filósofo moravo.

En estas circunstancias, son las reflexiones de la autora sobre la empatía en Husserl –y también en Merleau-Ponty y Schütz– las que son al tiempo más originales, arriesgadas y para nosotros certeras, pero también, sobre todo por lo que hace a Husserl, más susceptibles de modificación. En el capítulo sobre Schütz, dentro de una discusión sobre las teorías acerca de los procesos de descubrimiento de otros yoes, y tras comentar la crítica de Scheler a la teoría de la empatía –o de la *Sympathie*, un término que entró en el vocabulario de la filosofía moderna con los filósofos escoceses del siglo XVIII–, señala Carmen López:

Nosotros añadimos que la falacia básica de ambas teorías [la de la analogía y la de la empatía] es suponer que la primera cosa dada a cada uno de nosotros es su propio sí mismo y que lo primero que podemos captar del otro es la apariencia de su cuerpo. Ambas teorías subestiman las dificultades de la autopercepción y sobreestiman las dificultades de percibir el pensamiento de otras personas. La moderna psicología infantil nos muestra que el niño descubre su individualidad relativamente tarde y vive más en las experiencias de otras personas que en su esfera individual. (p. 221)

Así planteada la cosa, llamará la atención que a lo largo del libro no se mencione ni a Freud ni a Vygotsky ni a Piaget. Sí en cambio a George Mead. Y la cuestión nos recuerda en su forma bastante al debate entre innatismo y conductismo en la lingüística y la psicolingüística modernas. En éste, en efecto, se da un momento en la discusión en que la misma depende de si los estímulos recibidos son suficientes para aprender todo lo que se aprende dentro de un modelo conductista (Skinner) o funcional (Halliday) o si, en cambio, se requiere un dispositivo innato llamado últimamente Gramática Universal. Aquí como allí se reclama la autoridad de un dato empírico que no puede conmensurarse con nada: ¿es suficiente el estímulo lingüístico que recibe el infante? ¿Cuál es la dificultad de conocer el pensamiento de los demás? ¿Cuáles son los límites de la autopercepción?

Con respecto a Mead, la autora critica lo que para ella es behaviorismo –aunque quizá claramente sólo metodológico en el caso de este autor–, y señala, en una crítica de bastante largo alcance, que el fundamento de lo social no se halla en la comunicación, sino que ésta se basa en la intersubjetividad.

Nos parece en fin, que la idea de intersubjetividad se convierte en motor de toda la reflexión, pero que no encuentra una plasmación categorial satisfactoria. Cabe pensar, sin embargo, que sea la inconmensurabilidad entre dicha idea y sus correlatos explicativos, lo que la revela como una genuina idea filosófica y que la insuficiencia de éstos no debe llevarnos a un rechazo sin más de nociones como la de empatía, aunque sí a su crítica¹.

1. Por último hay que ver cómo la empatía, ese nombre mal conseguido, una palabra “ziemlich schlecht”, como recuerda Javier San Martín, para Husserl, se acopla a categorías científicas.

2. El reto para las ciencias humanas

En un trabajo titulado “Filosofía de la investigación científica en los países en desarrollo”², Mario Bunge escribe lo siguiente:

Piénsese, por ejemplo, en una filosofía oscurantista tal como el existencialismo, enemigo de la lógica y de la ciencia. Obviamente, al no ser favorable a la ciencia no podrá fundamentar una política del desarrollo científico: a lo sumo tolerará la tecnología, sin advertir que no hay tecnología innovadora sin ciencia pura. O tórnese la fenomenología y la filosofía lingüística de Oxford, oscura la primera y trivial la segunda pero igualmente desinteresadas de la ciencia y carentes del equipo lógico y metodológico necesario para analizarla: está claro que estas filosofías, al ser ignorantes de la ciencia, no podrán ayudar a su desarrollo. (op. cit., 285)

El lector puede apreciar que Bunge se mueve en un universo filosófico diametralmente opuesto al de la fenomenología, que pretende que sólo ella es capaz de fundamentar absolutamente toda y cualquier ciencia. Pero será porque *contraria sunt circa eadem*, el caso es que para Bunge una filosofía puede no sólo fundamentar sino también impulsar la ciencia, teórica y prácticamente. Mucho nos tememos que las ciencias y los científicos no presten demasiada atención a los consejos de los filósofos, si no es por mediación de los administradores y redistribuidores de presupuestos, y que por lo tanto las realidades científicas, esto es, las ciencias en cuanto reales, práctica y teóricamente, no se dejen domeñar por los avisos de epistemólogos, filósofos y demás. Ahora bien, la conexión entre científicos y filósofos puede establecerse de forma objetiva y es en esa conexión, pensamos, donde pueden inscribirse algunas de las ideas que Carmen López expone en su libro y que hemos fingido reservar para esta lectura de científicos, que quizá sea más lectura de filósofos de la ciencia o practicantes de la gnoseología.

Así, nos parece que el enfoque fenomenológico se puede quedar en una especie de *modus* que se antepondría, corrigiéndolos, a los *dicta* de las diferentes ciencias. Sería una especie de recordatorio de que el lugar auténtico de toda ciencia es la *Lebenswelt* y que tras toda abstracción debe darse un momento de recuperación de los contenidos de ese mundo de la vida. Sin embargo, existe otra formulación para la cual, en palabras de la autora:

[...] la fenomenología podría servir para crear la base de la unidad de conocimiento y, por lo tanto, para prestar unidad a las ciencias. Esta unidad ha sido formulada desde la epistemología, la ontología o la antropología. La fenomenología es capaz de fundamentar las ciencias humanas sobre unos principios antro-

2. Incluido en Mario Bunge, *Teoría y realidad*, Barcelona: Ariel, 1972, 1981.

pológicos básicos y sobre una metodología ontológica determinada. Para ello, sería preciso asumir la racionalidad estructural de todos los objetos del conocimiento humano, el concepto de mundo de la vida o correlato de la conciencia existente del ser humano y la intersubjetividad radical de dicho mundo. (310)

Aquí se advierte un planteamiento que sobrepasa los límites disciplinares, pero además cabe preguntarse si el intento de una fundamentación absoluta de las ciencias puede darse en la conciencia bajo la forma de unidad yuxtapuesta y no como explicación necesaria de la regionalización de las ontologías. Es decir, si las realidades de referencia de cada ciencia fueron ya puestas y fundamentadas por el ego puro, la unidad de las ciencias no se encontraría en otro lugar que en la conciencia trascendental, pero la unificación exigiría remontar los procesos de constitución de cada ámbito científico y encontrar una constitución común, la cual contradiría la peculiaridades de las ciencias. Entonces, esa unidad no se plantearía en el terreno de las ciencias, necesariamente plurales, como ciencia al lado de las demás, sino en la fenomenología misma, que si se entiende como ciencia –incluso como *streng Wissenschaft*– es a costa de utilizar el término “ciencia” de modo equívoco, equívoco al menos según un parecer ajeno a la fenomenología.

Las propuestas de la autora sobre lo deseable de enfoques y acercamientos pluri- o interdisciplinares se dibuja, en consecuencia, en un terreno un tanto comprometido y no exento de ambigüedad. La manera genuinamente fenomenológica de tratar la cuestión sería someter a cada disciplina a los métodos de la fenomenología, pero cada interdisciplinariedad concreta (la convergencia de tal y tal ciencia) no tendría por qué venir deducida trascendentalmente. Y si viniera entonces tendríamos una sola ciencia y no dos.

3. La lectura política.

Nuestro tercer lector es el más evanescente y, es de temer, inencontrable, pero aunque sólo sea como tipo ideal del cual podamos o debemos participar todos (aunque es posible que el tipo propuesto lo constituyamos una población con una desviación típica muy, muy grande por lo que se refiere a la variable de la toma de partido que nos define como animales políticos) hay que mencionarlo. Sobre todo porque corresponde a una característica objetiva del libro que nos ocupa: su desbordamiento de los cauces académicos y disciplinares y su atención a la cuestión política más general.

Desde el principio, la intersubjetividad trascendental aparece en Husserl como una apertura hacia el ámbito de la acción política.

En *Die Krisis der europäischen Wissenschaften*, el Husserl de los últimos años explicitó sus preocupaciones políticas, aunque su formato resultara extraño para muchos. Reyes Mate ha intentado contrarrestar esa impresión, refiriéndose en con-

creto a la conferencia *Die Krisis des europäischen Menschentums und die Philosophie*, germen del libro recién mencionado, al decir que:

Cuando Husserl pronuncia esta conferencia –año 1935– Hitler ya era *Führer* y el nacionalsocialismo una amenaza para todos, especialmente para los judíos. Y, sin embargo, el judío Husserl, que habla de la amenaza que se cierne sobre Europa, sólo ve peligro en la ausencia de filosofía al hacer ciencia. Como luego veremos, este enfoque no demuestra inconsciencia del peligro sino una mayor conciencia [sic]³.

Y es que esa mayor conciencia se alza sobre la idea de una comunidad de monadas, de sujetos que, en algunas formulaciones, puede hacernos olvidar el carácter corporal, pero también infecto, de los hombres. No descartaríamos que las prevenciones de Carmen López ante ciertos desarrollos de la intersubjetividad en Husserl tengan que ver con esta idea de un Husserl que, al cabo y a la postre, parece en algunos lugares dejar al hombre en mero sujeto sin que su corporeidad orgánica sea un dato fundamental, y sin que la conciencia reconozca cómo es ella misma determinada por lo objetivo. En este contexto, la mayor conciencia de la que habla Reyes Mate sólo lo será en la medida en que la idea de intersubjetividad transcendental se convierta en una especie de idea regulativa anclada en las referencias concretas de la misma *Lebenswelt*.

Final

Hemos propuesto que quizá la posición de la fenomenología husserliana ante todas las ciencias sea la misma y oscile entre lo que sería una modalización dirigida a recuperar estratégicamente –valga, dialécticamente– los fenómenos para no enquistarse en unas esencias inamovibles, por un lado, y lo que sería la negación simple de cualquier síntesis o eliminación del sujeto en las esencias, esto es, que éstas fueron puro concepto y nada tuvieran de intuición, por el otro.

Uno de los problemas que se plantean en el ejercicio científico es el de si los fenómenos pueden llegar a darse categorialmente pudiendo así existir una ciencia de los fenómenos, renovada a cada instante, nos atreveríamos a decir. El mantenimiento de la capa de la *Lebenswelt*, que sería precisamente aquello de lo que se ocupan determinadas ciencias podría contradecir así la disciplinariedad misma y con ella la ciencia. La insistencia de la autora en la interdisciplinariedad nos parece que podría en todo caso interpretarse en el sentido de una interdisciplinariedad *ex ante*, esto es, que se refiriese a una situación previa a la constitución de una ciencia. Una interdisciplinariedad *a posteriori* no podría nunca descategorializar la ciencia, negando así su ontología

3. En Husserl, *Invitación a la fenomenología*, Barcelona: Paidós I.C.E./U.A.B., 1992.

regional. No queda claro el sentido de la interdisciplinariedad cuando se afirma la disciplinariedad de cada ciencia, lo que sería ya poner límites a ésta y al alcance de sus conceptos.

Si las ciencias naturales pueden abandonar tácticamente la *Lebenswelt* –con los riesgos que el olvido del carácter táctico de ese abandono conlleva–, tal procedimiento estaría prohibido por definición a las ciencias humanas, pues conduce no sólo a su falseamiento sino también a su negación simple. Pero cabe preguntarse si es posible una ciencia en esas condiciones, instalada en el mundo de la vida y cambiando al ritmo que cambia éste. Antes bien, si se piensa en la génesis de la obra de Husserl, en el transfondo psicologista de un Wundt o un Avenarius frente al cual reaccionó aquél, se comprende que la iniciativa de Husserl sólo tiene sentido en cuanto se remonta más allá de cualesquiera categorías, pero la fundamentación absoluta no es la tarea de una ciencia en el sentido habitual.

Si, para concluir, prestamos atención a ciertas teorías científicas que se han desarrollado intencionalmente bajo el patronazgo fenomenológico, veremos que la influencia de éste en aquéllas no se ha ejercido únicamente en la determinación del tipo de ciencia que se ha hecho. Para Coseriu, la lingüística estructural se sitúa dentro de un movimiento de reacción contra el positivismo decimonónico. Sin embargo, no hay ningún contenido positivo de la lingüística, ni ningún método, no recuperable desde una perspectiva fenomenológica. En cambio, tal vez paradójicamente, lo que sí resulta consecuencia directa del “transfondo fenomenológico” es que las teorías lingüísticas —pongamos la fenomenología praguense, por caso— reservan al sujeto un papel externo a la teoría misma. El sujeto ha desaparecido del campo. Aunque se encuentre a su base por la definición misma de fonema, esta definición no determina los contenidos formalizados de la teoría. La fenomenología es matriz de ese ámbito en concreto, y ese ámbito no funciona sin su conexión con el sujeto hablante, pero esa conexión no es parte de la teoría.

Pedro Santana Martínez
Universidad de La Rioja